

AYER ENTERRAMOS A UN NIÑO EN PALMA



VIDA Y MUERTE DE CHOCOLATE (1965-1978)

TOMEU CANYELLES

Prólogo de Miqui Otero



ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

*Ahir enterràrem un nin a Ciutat
Vida i mort de Chocolate (1965-1978)*

Illa Edicions

Palma, 2020

1ª EDICIÓN: NOVIEMBRE 2026

TRADUCIDA Y AMPLIADA POR EL AUTOR

Publicado por

ES POP EDICIONES

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

www.espop.es

© 2020, 2026 del texto: Tomeu Canyelles

© 2023, 2026 del prólogo: Miqui Otero

© 2026 por la traducción del prólogo: Tomeu Canyelles

© 2026 de esta edición: Es Pop Ediciones

Créditos adicionales: “Ouija”. Incluida en el álbum *La vida mata*, de Los Enemigos. Letra y música de J. Santiago. ©1990 GASA. “Final!” ©1979 Joan Brossa. Imagen de portadilla: Oleguer Armengol. Colofón: Archivo *Última Hora*. Todas las fotos son *copyright* de sus respectivos autores.

REVISIÓN:

Óscar Palmer

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

Villena Artes Gráficas

Impreso en España

ISBN: 978-84-17645-31-1

Depósito legal: M-25820-2026

ÍNDICE

PRÓLOGO: EL NIÑO DE «EL LIBRO DE LA SELVA ROCK»	11
INTRODUCCIÓN	17
1. LAS LLAVES DE LA LIBERTAD ESTÁN EN OTRAS MANOS	19
2. PARIA ENTRE PARIAS	26
3. EL PEQUEÑO FARAÓN	35
4. UNO DE LOS NUESTROS	45
5. EL PARAÍSO ESCOGIDO	51
6. ¡DRAGONERA PARA LOS DRAGONES!	61
7. FUERA DE PROGRAMA	72
8. UN PASEO POR EL LADO SALVAJE	79
9. VÍCTIMA Y SÍMBOLO	89
10. CAMPOS, 20/02/2020	100
11. TUS AMIGOS NO TE OLVIDAN	103
EPÍLOGO: AL OTRO LADO DEL ESPEJO	112
BIBLIOGRAFÍA	117
NOTAS	121

PRÓLOGO

EL NIÑO DE «EL LIBRO DE LA SELVA ROCK»

por Miqui Otero

1.

ÉRASE UNA VEZ UN NIÑO PEQUEÑO DE PIEL PARDA QUE CRECE RODEADO de lobos en el selvático corazón de la India del siglo XIX. La camada lo cría como uno de los suyos y el cachorro de hombre corre, salta y baila descalzo ayudado por dos amigos: un oso que sólo come nueces, raíces y miel, y una pantera negra que vigila sus movimientos. Pronto conoce el lenguaje de las águilas, las serpientes y los frívolos micos que no entienden de jerarquías. Habla el idioma de una selva que es, en realidad, un libro de historias secretas. Pero sus numerosas virtudes no son nada comparadas con lo que mejor le define: «No tiene nada de pelo y podría matarlo de un zarpazo. Pero fíjate: nos mira sin miedo», dice el Padre Lobo. En la Roca del Consejo, ante la mirada de los lobos más enormes y grises, permanece sentado «riendo y jugando con unos guijarros que brillaban a la luz de la luna». No tiene miedo. No tiene miedo ni al propio miedo. Sólo llora cuando entiende, después de haber cantado, bailado y taconeado sobre la piel del gran tigre que acaba de matar, que es demasiado humano para los lobos y demasiado lobo para los humanos.

Y, ahora: érase una vez un niño pequeño de piel parda que crece rodeado de *hippies* y anarquistas peludos en la Palma de la Transición. Algunos de sus nuevos amigos se definen como «animales» y otros no sólo entienden la lengua de la naturaleza, sino que quieren preservarla. Hay vegetarianos, por supuesto, y también otros que no lo son, pero comen raíces y fuman plantas. El niño, que asegura que su familia vino desde la India a pesar de que su clan gitano procede de Portugal y Asturias, habla la lengua de su peluda familia adoptiva. El idioma imposible y eléctrico, la lengua inglesa y la mallorquina, un extraño código surrealista que habla de amor y cosmos.

Canta y baila como nadie, y lo hace tanto con estrellas internacionales del rock psicodélico como con los nuevos cantautores. También participa de acciones ecologistas, como cuando okupan una pequeña isla con el objetivo de salvarla de las garras urbanísticas. Incluso actúa espontáneamente en un primer gran festival, el Selva Rock. Pero, entre todas sus virtudes, que dejan boquiabiertos a vecinos y turistas, destaca una: no tiene miedo. No tiene miedo ni al propio miedo. Es demasiado niño para los adultos y demasiado adulto para los niños. Demasiado zascandil para los intelectuales, también. Demasiado libre para los *hippies*. Demasiado libre para todo un sistema. Pero nunca llora. No tiene miedo. No tiene miedo ni del miedo. Lo encontrarán muerto en un urinario. Con trece años. Posiblemente, la primera muerte por sobredosis de heroína en la historia de la isla. La noticia explota el Primero de mayo del 78, cuando las calles gritan libertad.

2.

Siempre me ha fascinado esa vieja fórmula que encabeza las *rondalles mallorquines*, los cuentos populares de tradición oral:

això era i no era. En este terreno fértil, de frontera brumosa entre lo que fue y lo que no fue, entre el mito y el hecho, entre la ficción y la realidad, es donde crece la sana maravilla del relato y donde el niño tiene que aprender a mirar el mundo. Cuando descubrí la historia que ahora tenéis en las manos, que sucedió realmente, no podía parar de pensar en cómo dialogaba con una historia de ficción escrita en el siglo XIX. Me costaba, de verdad, decidir si era más alucinante, más inverosímil y mágica, la historia ficticia de Mogwli, la primera, o el relato fehaciente de Chocolate, la segunda; si *El libro de la selva*, el cuento de aquel niño que crece en el llamado Pueblo Libre de los lobos, o el de ese otro niño que crece rodeado de grupos anarquistas como Terra i Llibertat y que acababa cantando y bailando en un festival llamado Selva Rock.

Uno siempre puede recordar de dónde viene el aguijónazo de las mejores historias. Estaba tomando una cerveza en la terraza de la librería Literanta (Palma) con Lucas Sánchez y Tomeu Mesquida (jóvenes libreros, futuros escritores) y Ángel Garau (persona mágica y batería del grupo Da Souza). Los tres se arrebataban la palabra como cachorros jugando con una pelota para explicarme el relato de aquel niño gitano que había aparecido como por arte de magia en los circuitos contraculturales —los roqueros y también los ecologistas— de una isla todavía semivirgen amenazada por la especulación turística, y que había muerto, quizás, como primera víctima de las drogas duras en Mallorca. Yo los escuchaba como debían de escuchar los samoanos los relatos de Stevenson, su Tusitala, su contador de historias. Y pensaba, aunque no lo decía —no deseaba interrumpirlos— en una de las leyes principales de *El libro de la selva*: no se puede cazar al hombre, porque «esto implica, tarde o temprano, la llegada de los hombres blancos, montados sobre

elefantes y con armas» que lo destruirán todo. O con corbatas, contratos y grúas, también.

3.

Me fui de Palma con el libro que explicaba aquella historia, con este nuevo *Libro de la Selva Rock*. Su título original, *Ahir enterràrem un nin a Ciutat*, no podía ser más evocador. Lo devoré con absoluta admiración en el avión, antes que el pájaro metálico concluyera su migración hasta Barcelona.

El autor, Tomeu Canyelles, hizo lo que se tiene que hacer (y que es tan difícil de conseguir) con una historia tan buena que parece inverosímil: explicarla con una severidad, rigor y austeridad que no aniquilan ni el lirismo ni la emoción, sino que la potencian mediante el respeto por la peripecia y el amor por su pequeño protagonista.

Chocolate es un personaje literario; uno que podría ser de Dickens, Mark Twain, una *rondalla* o incluso de Kipling, por su apodo. Como una criatura novelesca, su edad biológica coincide con la edad histórica. Es niño cuando el país es un niño democrático: encantadoramente inexperto, demasiado ajeno al miedo que provocaba el cambio, ignorando la resaca de cualquier euforia o impermeable aún a la desgracia, a la corrupción del alma.

Como Mogwli, Chocolate vive en la precariedad, pero no conoce la tristeza. De hecho, el personaje de Kipling, cuando llora por primera vez, cree que se está muriendo; no entiende qué le sucede, qué es este líquido salado que le sale desde los ojos y que sabe a mar. Crece, como en las buenas historias, en la periferia. En la periferia de la periferia. En la periferia de la periferia de la periferia. Es un niño, gitano, gitano portugués, que llega a Palma y se introduce palmeando en los relatos no

oficiales, clandestinos, que marcan los territorios casi tanto como las operaciones urbanísticas.

Es el relato, quizás, de un pícaro. Los pícaros son los únicos héroes de la literatura, porque se sirven de la única cosa que tienen (el talento y la inteligencia) para sobrevivir; no los confundamos con los privilegiados que usan todo lo que la inteligencia tiene de sucio, la astucia y la codicia, para forrarse. A estos los podríamos llamar hijos de puta y acostumbran a tener apellidos poderosos.

Es el relato, también, de los pioneros: los que inventan caminos en terrenos todavía ni explotados ni roturados. Y lo hacen con una pureza rotunda, con una falta de prejuicios y de miedo que prácticamente los hace inventar idiomas y bailes, pero que, muy pronto, les pasa factura. La recreación del baile de Chocolate es la aproximación al concepto —perdido— de la libertad.

4.

El hecho que Chocolate sea sólo un niño aumenta el volumen simbólico de su historia y, también, la carga emocional y la tristísima (como todas) moraleja del desenlace de su fábula. Es un niño inocente quien muere. Es una Transición amnésica, una adolescencia idiota, quien lo sentencia.

Es fascinante cualquier imagen que queramos seleccionar. Disfrazado de judoca y cantando con estrellas internacionales del rock psicodélico o cuando okupa el islote de la Dragonera y vive ahí durante días para evitar su explotación. O cuando sella con un corte la amistad con un chavalito rubio —el ángel curioso que aprendió a jugar al ajedrez con Robert Graves—, su mejor amigo, su hermano desde el mismo momento en el que se dan la mano y mezclan su sangre. O cuando aprende a leer, por fin, pocos meses antes de morir, rodeado

de niños (de niños que viven como niños y no como cachorros de hombre).

Chocolate —de quien sólo existen unas pocas fotografías y una historia increíble que nos ha llegado de forma milagrosa, uno de esos relatos populares con corazón de leyenda, escritos con rastros de carmín— es uno de los personajes más mágicos y trágicos que he conocido nunca. También es uno de los más inolvidables. Todo gracias a la oralidad del relato popular que lo ha mantenido vivo (como perviven los amores en las pintadas de lavabos y paredes de plazas públicas) y también gracias a este libro imprescindible, que lo entiende y lo explica a través del relato íntimo, el ensayo sociológico, el cuidado documental, la curiosidad por las fuentes vivas que todavía recuerdan que sí, que él existió, que lo conocieron. Que era y al mismo tiempo no era, pero fue. Aquí. Siempre estaba aquí. Víctima y símbolo. Tus amigos no te olvidan. Los lectores de este libro, tampoco.

5.

Dicen que por un cubata y un pitillo, Chocolate se subía a una mesa y cantaba la rumbita de “Libre, quiero ser libre”. Por eso, en mi cabeza es como Mogwli, que no muere, sino que mata al tigre invasor y baila sobre su piel, saltando y marcando el ritmo con los talones hasta quedarse sin aliento; que grita unos versos que tienen eco aquí y ahora. Los puedes escuchar antes de comenzar este libro: «Me han cerrado las puertas de la selva / así como las del pueblo / Bailo sobre la piel de Shere Khan, pero mi corazón no está contento / De mis ojos brota el agua y, sin embargo, río / ¡Ay! Me pesa el corazón / Por todas las cosas que no entiendo».

Barcelona, 30 de diciembre de 2022

INTRODUCCIÓN

DOS DÍAS DESPUÉS DE HABER CUMPLIDO LOS TRECE AÑOS, EL NIÑO JOSÉ Anible Esteves de la Concepción, popularmente conocido como «Chocolate», fue encontrado muerto en las inmediaciones de la catedral de Santa María, en Palma. A pesar de su juventud, se había convertido en un símbolo de la ciudad oculta —la del subsuelo, la de los marginados y los rebeldes—, justo cuando ésta comenzaba a transformarse en los albores de una frágil democracia. Como predestinado a una existencia fugaz e intensa, se convirtió en espectador directo de los principales hitos contraculturales de la Mallorca de la Transición. En un breve periodo de tiempo, se integró en los ambientes reivindicativos palmesanos hasta el punto de participar en la legendaria ocupación de la Dragonera; de forma simultánea, se mimetizó en los círculos bohemios de Deià, donde trataría de tú a tú a referentes musicales y artísticos tan destacados como Daevid Allen, Kevin Ayers o Mati Klarwein, entre otros.

Chocolate vivió momentos de gloria sobre los escenarios, desde las barras de bar y las tarimas de pequeños tugurios, donde llegaría a acompañar a Joaquín Sabina cuando aún era un cantautor desconocido, hasta convertirse en el protagonista más destacado de la primera edición del festival Selva Rock

mediante una actuación completamente improvisada. No obstante, también experimentó el profundo abismo que empezaba a abrirse bajo los pies de toda una generación, siendo considerado uno de los primeros mártires de la heroína en Mallorca, en una época en la que apenas existía información sobre las sustancias estupefacientes.

Sin hacer ruido, Chocolate pasó de puntillas por la historia de Palma. Como si de un personaje dickensiano se tratase, consiguió adaptarse a diferentes contextos sociales de manera completamente camaleónica, al tiempo que aquella ciudad antigua —la del Puig de Sant Pere, Sa Gerreria, Sa Calatrava o Es Jonquet— se iba degradando. Las múltiples suspicacias creadas por una muerte en circunstancias no del todo claras agrandan aún más las lagunas biográficas de un crío que pasó de conquistar las páginas de los diarios isleños a ser un completo desconocido para la inmensa mayoría de nuestra sociedad actual.

Ayer enterramos a un niño en Palma parte de un relato colectivo: el de diferentes personas que, aportando su testimonio, nos permiten recomponer la historia de una existencia prematuramente truncada. No hay más pretensión que homenajear su vida y conocer las circunstancias que tuvo que afrontar mientras el mundo que le rodeaba cambiaba a un ritmo vertiginoso. Restablecer su memoria y rescatarlo del olvido para acercarnos a su realidad y, así, entender un poquito mejor aquella Palma insólita y por momentos fascinante de la segunda mitad de los años setenta.